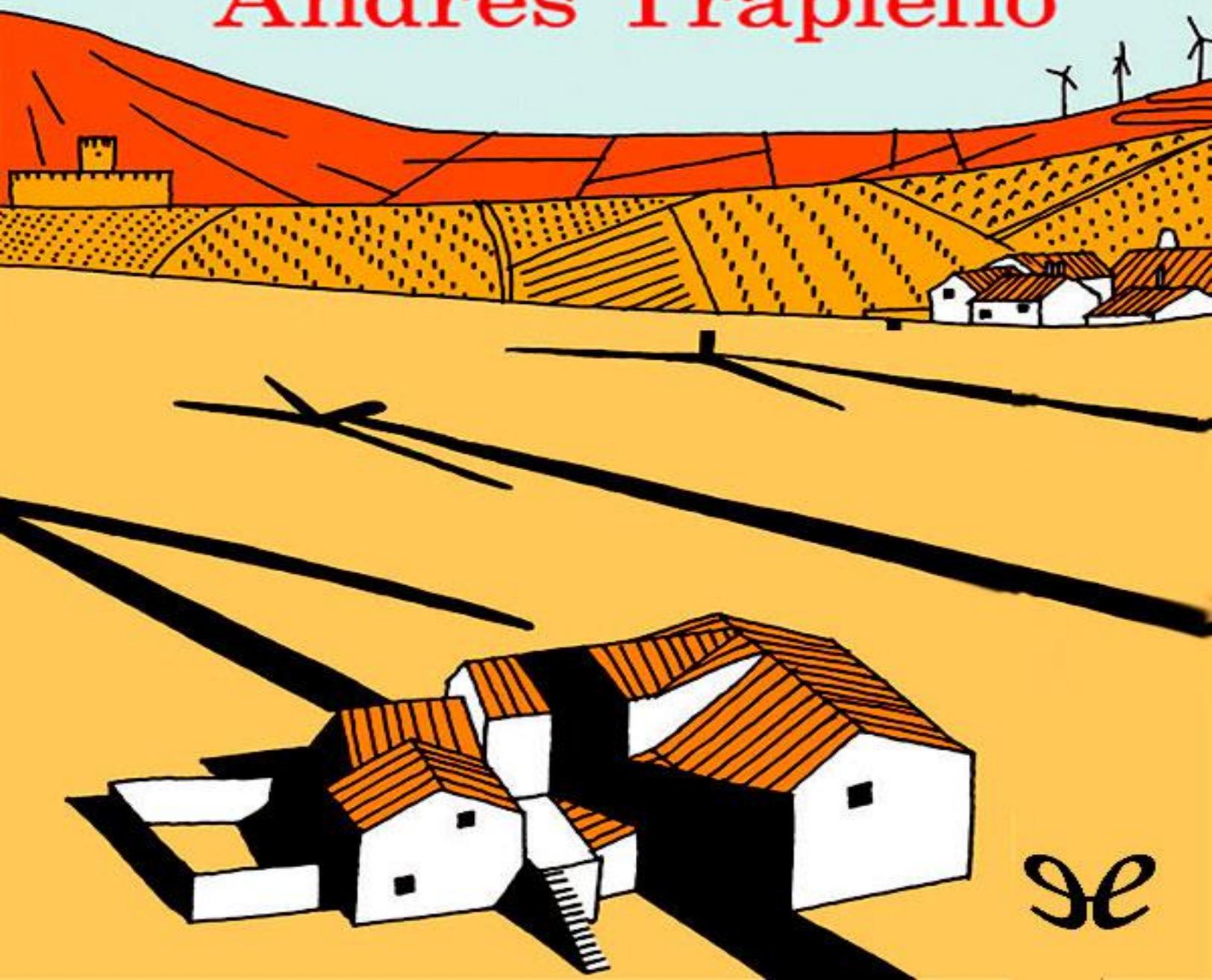




Don Quijote de la Mancha Miguel de Cervantes

Puesto en castellano actual
íntegra y fielmente por

Andrés Trapiello



CAPÍTULO XXXII

QUE TRATA DE LO QUE SUCEDIÓ EN LA VENTA A TODA LA CUADRILLA DE DON QUIJOTE

Se acabó la buena comida, ensillaron después, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron al día siguiente a la venta espanto y pavor de Sancho Panza; y aunque él hubiera querido no entrar en ella, no lo pudo evitar. La ventera, el ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir a don Quijote y a Sancho, los salieron a recibir con muestras de mucha alegría, y aquel las recibió con gran solemnidad y aprobación, y les dijo que le aderezasen otro lecho mejor que la vez anterior. A lo cual le respondió la ventera que cuando le pagase mejor que la última vez, ella se lo daría de príncipes. Don Quijote dijo que lo haría así, y, de ese modo, le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchón de marras, y al punto él se acostó, porque venía muy quebrantado y falto de juicio.

Apenas se hubo retirado, la ventera se fue a por el barbero, y asiéndolo de la barba, dijo:

—¡Por la señal de la cruz que mi rabo ya no le servirá de barba! Devuélvame mi cola, que es una vergüenza que lo de mi marido ande por los suelos: me refiero al peine que solía yo colgar de mi buena cola.

No se la quería dar el barbero, por más que ella tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester seguir con aquel artificio, y que se descubriese y mostrase tal como era, y dijese a don Quijote que cuando lo despojaron los ladrones galeotes se habían venido a aquella venta huyendo, y que si preguntaba por el escudero de la princesa, le dirían que ella lo había enviado por delante a dar aviso a los de su reino que ella iba y llevaba consigo al libertador de todos. Con esto dio de buena gana el barbero la cola a la ventera, y también le devolvieron todas las cosas que había prestado para la libertad de don Quijote.

Se admiraron todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer con lo que hubiese en la venta, y el ventero, con esperanza de mejor paga, les aderezó con diligencia una razonable comida. Y a todo esto dormía don Quijote, y fueron de la opinión de no despertarlo, porque le haría en ese momento más provecho el dormir que el comer.

Trataron en la sobremesa, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la extraña locura de don Quijote y del modo que lo habían hallado. La ventera les contó lo que les había acontecido con él y con el arriero, y mirando si estaba

por allí Sancho, al no verlo, contó todo lo de su manteamiento, de lo que recibieron no poco gusto. Y como el cura dijese que los libros de caballerías que don Quijote había leído le habían volteado el juicio, dijo el ventero:

—No sé yo cómo puede ser eso, pues la verdad es que, a lo que yo entiendo, no hay mejor lectura en el mundo, y tengo ahí dos o tres de ellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo a mí, sino a otros muchos. Porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer y coge uno de estos libros en las manos, y lo rodeamos más de treinta y lo estamos escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas. Al menos, de mí sé decir que cuando oigo decir aquellos furibundos y terribles golpes que pegan los caballeros, me entran ganas de hacer otro tanto, y querría estar oyéndolos noche y día.

—Y yo ni más ni menos —dijo la ventera—, porque nunca tengo un rato mejor en mi casa que aquel que vos estáis escuchando leer y tan embobado, que entonces no os acordáis de reñir.

—Es verdad —dijo Maritornes—, y de veras que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, con una dueña que les está haciendo la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles.

—Y a vos ¿qué os parece, señora doncella? —dijo el cura, hablando con la hija del ventero.

—No lo sé, señor —respondió ella—. También yo lo escucho, y la verdad es que aunque no lo entiendo, me gusta oírlo; pero no gusto yo de los golpes que le gustan a mi padre, sino de los lamentos que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que la verdad es que algunas veces me hacen llorar, de compasión que les tengo.

—Entonces ¿vos los remedaríais, señora doncella —dijo Dorotea—, si lloraran por vos?

—No sé lo que me haría —respondió la moza—: solo sé que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias. ¡Y Jesús!, yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar a un hombre honrado le dejan que se muera o que se vuelva loco. Yo no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen por honradas, cásenle con ellos, que ellos no desean otra cosa.

—Calla, niña —dijo la ventera—, que parece que sabes mucho de estas cosas, y no les está bien a las doncellas saber ni hablar tanto.

—Como me lo preguntaba este señor —respondió ella—, no pude dejar de responderle.

—De acuerdo —dijo el cura—. Traedme, señor ventero, esos libros, que los quiero ver.

—Con mucho gusto —respondió él.

Y entrando en su aposento, sacó de él una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles con muy buena letra, escritos a mano. El primer libro que abrió vio que era *Don Cirongilio de Tracia*, y el otro, *Felixmarte de Hircania*, y el otro, la *Historia del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes*. En cuanto el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero y dijo:

—Falta nos harían aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.

—No la hacen —respondió el barbero—, que también sé yo llevarlos al corral o a la chimenea, que por cierto hay muy buen fuego en ella.

—Entonces ¿quiere vuestra merced quemar más libros? —dijo el ventero.

—No más —dijo el cura— que estos dos, el de *Don Cirongilio* y el de *Felixmarte*.

—¿Pues por ventura —dijo el ventero— mis libros son herejes o *flemáticos*, que los quiere quemar?

—*Cismáticos* querréis decir, amigo —dijo el barbero—, que no flemáticos.

—Eso —replicó el ventero—. Pero si quiere quemar alguno, sea ese del Gran Capitán y de ese Diego García, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno de los otros.

—Hermano mío —dijo el cura—, estos libros son mentirosos y están llenos de disparates y fantasías, pero este del Gran Capitán es historia verdadera y contiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, quien por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado por todo el mundo el Gran Capitán, renombre famoso y claro, y de él solo merecido; y este Diego García de Paredes fue un caballero principal, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia, y puesto con un mandoble en la entrada de un puente, impidió a todo un innumerable ejército que pasase por él; e hizo otras cosas tales, que, si en lugar de como él las cuenta y las escribe él mismo, con la modestia de caballero y como su propio cronista, las hubiera escrito otro, libre y desapasionado, habrían hecho olvidar las de los Héctores, Aquiles y Roldanes.

—¡Ahí va mi padre! —dijo el ventero—. ¡Mira tú de qué se espanta, de detener una rueda de molino! Por Dios, ahora tenía vuestra merced que leer lo que hizo Felixmarte de Hircania, que de un solo revés partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños con las vainas. Y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde se llevó por delante más de un millón seiscientos mil soldados, todos armados de los pies a la cabeza, y los desbarató a todos como si fueran manadas de ovejas. Pues ¿qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente y animoso como puede verse en el libro? Se cuenta en él que navegando por un río le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él, apenas la vio, se arrojó sobre ella, y se puso a horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y le apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza que, viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio que dejarse ir a lo hondo del río, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar. Y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos que era maravilla, y luego la sierpe se convirtió en un viejo anciano, que le dijo tantas cosas, que no hay más que oír. Calle, señor, que si oyese esto, se volvería loco de placer. ¡Dos higas para el Gran Capitán y para ese Diego García que dice!

Oyendo esto Dorotea, dijo en voz baja a Cardenio:

—A nuestro anfitrión le falta muy poco para hacer el dúo a don Quijote.

—Eso me parece a mí —respondió Cardenio—, porque, según da indicio, está convencido de que todo lo que cuentan estos libros pasó ni más ni menos como lo escriben, y no le van a hacer creer otra cosa frailes descalzos.

—Mirad, hermano —tornó a decir el cura—, que no hubo en el mundo Felixmarte de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes a los que cuentan los libros de caballerías, porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los

compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores. Porque realmente os juro que nunca tales caballeros existieron en el mundo, ni acontecieron en él tales hazañas ni disparates.

—¡A otro perro con ese hueso! —respondió el ventero—. ¡Como si yo no supiese cuántas son dos y dos, y dónde me aprieta el zapato! No quiera vuestra merced que me chupe el dedo, porque por Dios que no soy ningún bobo. ¡Mira que quererme vuestra merced dar a entender que todo aquello que dicen estos buenos libros son disparates y mentiras, estando impresos con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que dejaran imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamientos, que quitan el juicio!

—Ya os he dicho, amigo —replicó el cura—, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de mesa, para entretener a algunos que ni tienen por qué, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no va a haber nadie tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna de estos libros. Y si me fuera lícito ahora y el auditorio lo requiriera, yo diría cosas acerca de lo que tienen que tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá serían de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que venga tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediarlo, y mientras tanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros y allá os entendáis con sus verdades o mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeéis del pie que cojea vuestro huésped don Quijote.

—Eso no —respondió el ventero—, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.

Presente en esta plática se hallaba Sancho, y quedó muy confuso y pensativo por lo que había oído decir de que ahora no se usaban caballeros andantes y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y decidió esperar a ver en qué paraba aquel viaje de su amo, y dejarlo y volver con su mujer y sus hijos a su trabajo acostumbrado, si no salía con la felicidad que él pensaba.

Se llevaba la maleta y los libros el ventero, pero el cura le dijo:

—Esperad, que quiero ver qué papeles son esos que están escritos con tan buena letra.

Los sacó el huésped, y dándoselos a leer, vio hasta ocho pliegos escritos a mano, y al principio tenían un título grande que decía: *Novela del curioso impertinente*. Leyó el cura para sí tres o cuatro renglones y dijo:

—Cierto que no me parece mal el título de esta novela, y me dan ganas de leerla toda.

—Pues bien puede leerla su reverencia —dijo el ventero—, porque le hago saber que a algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho, y me la han pedido con mucho interés; pero yo no se la he querido dar, pensando devolvérsela a quien dejó aquí olvidada esta maleta con estos libros y estos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí dentro de poco, y aunque sé que voy a echarlos de menos, la verdad es que se los tengo que devolver, que, aunque ventero, todavía soy cristiano.

—Vos tenéis mucha razón, amigo —dijo el cura—, pero, aun así, si la novela me contenta, me la habéis de dejar copiar.

—De muy buena gana —respondió el ventero.

Mientras los dos decían esto, había tomado Cardenio la novela y comenzado a leer en ella; y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que la oyesen todos.

—La leería —dijo el cura—, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer.

—Harto reposo será para mí —dijo Dorotea— entretener el tiempo oyendo algún cuento, pues aún no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razón.

—Pues si es así —dijo el cura—, voy a leerla, por curiosidad siquiera: quizá tenga alguna cosa de gusto.

Acudió maese Nicolás a rogarle lo mismo, y Sancho también; visto lo cual por el cura, y entendiendo que daría gusto a todos y él lo recibiría, dijo:

—Pues sí es así, estenme todos atentos, que la novela comienza de esta manera:

CAPÍTULO XXXIII

DONDE SE CUENTA LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivían Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que por excelencia y antonomasia eran llamados por todos los que los conocían «los dos amigos». Eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres, todo lo cual era causa bastante para que los dos se correspondiesen con recíproca amistad.

Bien es verdad que Anselmo era algo más inclinado a los pasatiempos amorosos que Lotario, al que llevaban tras sí los de la caza; pero cuando se ofrecía, dejaba Anselmo de acudir a sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir a los de Anselmo, y de esta manera andaban tan a una sus voluntades, que ningún reloj marchaba tan a compás.

Andaba Anselmo perdido de amores por una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella de por sí, que decidió, con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual no hacía cosa ninguna, pedirla por esposa a sus padres, y así lo puso en ejecución; y el que llevó la embajada fue Lotario, y el que concluyó el negocio tan a gusto de su amigo, que en breve tiempo este se vio puesto en la posesión que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado a Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo, y a Lotario, por medio de cual le había venido tanto bien.

Los primeros días, como todos los de boda suelen ser alegres, frecuentó Lotario como solía la casa de su amigo Anselmo, procurando honrarlo, festejarlo y regocijarlo con todo aquello que a él le fue posible; pero acabadas las bodas y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario a descuidarse a propósito en las idas a casa de Anselmo, por parecerle a él (como es razón que parezca a todos los que fueren discretos) que no se deben visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros, porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe ser sospechosa en nada, es, con todo, tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos, no digamos ya de los amigos.

Notó Anselmo la desgana de Lotario y empezó a cursar sus quejas, diciéndole que si él hubiera sabido que el casarse iba a ser la causa de no tratarlo como solía, jamás lo hubiera hecho, y que si, por la buena relación que tenían los dos cuando él estaba soltero, habían alcanzado tan dulce nombre como el de ser llamados «los dos amigos», no permitiese, por querer parecer circunspecto, sin ninguna otra causa, que se perdiese tan famoso y tan

agradable nombre; y que por eso le suplicaba, si era lícito que ese modo de hablar se usase entre ellos, que volviese a ser señor de su casa y a entrar y salir de ella como antes, asegurándole que su esposa Camila no tenía otro gusto ni otra voluntad que la que él quería que tuviese, y que, por haber sabido ella cuán de verdad se amaban los dos, estaba confusa de ver en él tanta esquivanza.

A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo a Lotario para persuadirle que volviese como solía a su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discreción y cuidado, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intención de su amigo, y quedaron de acuerdo en que Lotario iría a comer con él dos días a la semana y las fiestas. Y aunque esto quedó concertado así entre los dos, se propuso Lotario hacer solo aquello que viese que más convenía a la honra de su amigo, cuyo crédito tenía en más que el suyo propio. Decía él, y decía bien, que el casado a quien el cielo había concedido una mujer hermosa debía tener tanto cuidado en qué amigos llevaba a su casa como en mirar con qué amigas conversaba su mujer, porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni en las visitas al Santísimo (cosas que no siempre tienen por qué negárselas los maridos a sus mujeres), se concierta y facilita en casa de la amiga o la parienta con quien se tiene más confianza.

También decía Lotario que los casados tendrían que tener cada uno algún amigo que les advirtiera de los descuidos que hagan en su proceder, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido tiene a la mujer, y por no enojarla, no le advierte o no le dice que haga o deje de hacer algunas cosas que, el hacerlas o no, pueden ser para él honra o baldón, con lo cual si el amigo se lo llegara a advertir, pondría remedio a todo fácilmente.

Pero ¿dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí lo pide Lotario? No lo sé yo, desde luego. Solo Lotario lo era, y con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo y procuraba diezmar, espaciar y acortar los días del concierto de ir a su casa, para que no pareciese mal al vulgo ocioso y a los ojos vagabundos y maliciosos la entrada en la casa de una mujer tan hermosa como Camila de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y con las buenas cualidades que él pensaba que tenía. Pues aunque su bondad y valor podía poner freno a toda lengua maldiciente, aun así no quería poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto la mayoría de los días del concierto los ocupaba y entretenía en otras cosas que él daba a entender que eran inexcusables. Así que entre quejas del uno y disculpas del otro, se pasaban muchos ratos y partes del día.

Sucedió, pues, que un día que los dos andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo a Lotario estas palabras:

—Pensabas, amigo Lotario, que a las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de unos padres como los míos y al darme con mano no escasa los bienes, tanto los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido, y supere al que me hizo en darme a ti por amigo y a Camila por mujer propia, dos prendas que estimo, si no en el grado que debo, sí en el que puedo. Pues con todos estos dones, que suelen ser todo con lo que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo como el más despechado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo, porque no sé de qué días a esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso común de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño a solas, y procuro callar lo y encubrirlo con mis propios pensamientos, y así me ha sido posible salir con este secreto como si hubiera querido decirlo a propósito a todo el mundo.

Y puesto que acabará él saliendo a plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado en que con él y con la diligencia que pongas en remediarme, como amigo verdadero mío, yo me veré pronto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura.

Suspense tenían a Lotario las palabras de Anselmo, y no sabía en qué había de parar tan larga prevención o preámbulo, y aunque iba revolviendo en su imaginación qué deseo podría ser aquel que tanto fatigaba a su amigo, dio siempre muy lejos del blanco de la verdad; y por salir cuanto antes de la agonía que le causaba aquel suspense, le dijo que hacía notorio agravio a su mucha amistad andar buscando rodeos para decirle sus más encubiertos pensamientos, pues sabía de sobra que se podía prometer de él, ya consuelo para aliviarlos, o ya remedio para cumplirlos.

—Es cierto —respondió Anselmo—, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila, mi esposa, es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme de esta verdad si no es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro. Porque yo tengo para mí, amigo mío, que una mujer no es enteramente buena si antes no ha sido solicitada, y que solo es fuerte aquella que no se dobla a las promesas, a las dádivas, a las lágrimas y a las continuas importunidades de los amantes solícitos. Porque ¿qué hay que agradecer —decía él— de que una mujer sea buena, si nadie le dice que sea mala? ¿Y qué de que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasión para que se suelte, y la que sabe que tiene un marido que cogiéndola en el primer desliz le ha de quitar la vida? Así que la que es buena por temor o por falta de ocasión, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré a la solicitada y perseguida que salió con la corona de la victoria.

»De modo que por estas razones, y por otras muchas que te podría decir para acreditar y fortalecer la opinión que tengo, deseo que Camila, mi esposa, pase por estas dificultades y se acrisole y aquilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos; y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma de la victoria de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura: podré yo decir que está colmado el vaso de mis deseos, diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el Sabio dice: “¿quién la hallará?”. Y si sucediese al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinión llevaré sin pena la que con toda razón podrá causarme mi tan costosa experiencia. Y dando por descontado que ninguna de cuantas cosas me digas en contra de mi deseo servirá de nada para dejar de ejecutarlo, quiero, amigo Lotario, que te dispongas a ser el instrumento que labre esta obra de mi gusto, que yo te daré ocasión para que lo hagas, sin faltarte nada de aquello que yo viese que es necesario para solicitar a una mujer honesta, honrada, recogida y desinteresada. Y me mueve, entre otras cosas, a confiarte esta tan ardua empresa el ver que si Camila es vencida por ti, no ha de llegar el vencimiento a todo trance y rigor, sino solo a dar por hecho lo que habría que hacer, por buenos motivos; y así, no quedará yo ofendido más que con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me incumba será eterno como el de la muerte. Así que si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, tendrás que entrar desde ahora mismo en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahínco y diligencia que pide mi deseo y con la confianza que me asegura nuestra amistad.

Estas fueron las razones que Anselmo dijo a Lotario, a todas las cuales estuvo tan atento que, excepto las que le dijo, ya transcritas, no despegó sus labios hasta que hubo

acabado. Y viendo que no decía más, después de estarle mirando un buen rato, como si mirara algo que le causaba extrañeza y espanto y que no hubiera visto jamás, le dijo:

—No me puedo persuadir, amigo Anselmo, de que no sean burlas las cosas que me has dicho, que si pensase que las decías de veras, no hubiera consentido que llegases tan lejos, porque con no escucharte hubiera evitado tu larga arenga. Sin duda imagino, o que no me conoces, o que yo no te conozco. Pero no, que sé de sobra que eres Anselmo y tú sabes que yo soy Lotario. El daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solías y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debía ser, porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo amigo mío, ni las que me pides se deben pedir a aquel Lotario que tú conoces, porque los buenos amigos han de probar a sus amigos y valerse de ellos, como dijo un poeta, *usque ad aras*, hasta el altar, que quiso decir que no se debían valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Y si esto pensaba de la amistad un gentil, ¿cuánto mejor es que lo piense el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? Y si el amigo llega tan lejos como para dejar de lado los respetos al cielo por acudir a los de su amigo, que no sea por cosas ligeras y de poca monta, sino por aquellas en que le vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo: ¿cuál de estas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure a complacerte y a hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna, por cierto; antes me pides, según yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela a mí juntamente, porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra es peor que un muerto; y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, ¿no vengo a quedar deshonorado y, por consiguiente, sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo preciso acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche.

—Con mucho gusto —dijo Anselmo—, di lo que quieras.

—Me parece, Anselmo —prosiguió diciendo Lotario—, que tienes tú ahora el ingenio como el que tienen siempre los moros, a los que no se les puede dar a entender el error de su secta con los comentarios de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulación del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: «Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan también son iguales»; y si no entiendan esto de palabra, como en efecto no lo entienden, se les ha de mostrar con las manos y ponérselo delante de los ojos, y aun con esto nadie se basta con ellos para persuadirlos de las verdades de nuestra sacra religión. Y este mismo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en ti ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que será tiempo gastado el que ocupe en darte a entender tu simplicidad (que por ahora no quiero darle otro nombre), y aun estoy por dejarte en tu desatino, como castigo de tu mal deseo; pero no me deja usar de este rigor la amistad que te tengo, que no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte. Y para que lo veas claro, dime, Anselmo: ¿tú no me has dicho que tengo que solicitar a una recatada, persuadir a una honesta, ofrecer a una desinteresada, cortejar a una prudente? Sí que me lo has dicho. Pues si tú sabes que tienes mujer recatada, honesta, desinteresada y prudente, ¿qué buscas? Y si piensas que va a salir vencedora de todos mis

asaltos, como saldrá sin duda, ¿qué mejores títulos piensas darle además de los que tiene ahora, o qué más será después de lo que es ahora? O es que tú no la tienes por la que dices, o tú no sabes lo que pides. Si no la tienes por la que dices, ¿para qué quieres probarla, en vez de hacer con ella, como mala, lo que más te venga en gusto? Pero si es tan buena como crees, será cosa impertinente hacer experiencia de la misma verdad, pues después de hecha se quedará con la estimación que tenía antes.

»Así que es razón concluyente que el intentar las cosas de las cuales antes nos puede suceder daño que provecho es de juicios sin discurso y temerarios, y más cuando quieren intentar aquellas a que no son forzados ni compelidos y que traen de muy lejos descubierto que el intentarlas es una locura manifiesta. Las cosas dificultosas se intentan por Dios o por el mundo o por ambos a dos: las que se acometen por Dios son las que acometieron los santos, acometiendo a vivir vida de ángeles en cuerpos humanos; las que se acometen por respeto del mundo son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes, por adquirir esos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en la muralla enemiga abierto un espacio como el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando, puesto aparte todo temor, sin pensarlo ni prestar atención al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo por las alas del deseo de defender su fe, su nación y su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de las mil diferentes muertes que los esperan.

»Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner en obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, ni bienes de fortuna, ni fama con los hombres, porque, aunque te salgas con la tuya como deseas, no vas a quedar ni más ufano, ni más rico, ni más honrado de lo que estás ahora; y si no te sales con la tuya, te vas a ver en la mayor miseria que pueda imaginarse, porque no te va a aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte y deshacerte que la sepas tú mismo. Y para confirmación de esta verdad, te quiero decir una estrofa que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, al final de su primera parte de *Las lágrimas de San Pedro*, que dice así:

Crece el dolor y crece la vergüenza
en Pedro, cuando el día se ha mostrado;
y aunque allí no ve a nadie, se avergüenza
de sí mismo, por ver que había pecado:
que a un noble pecho a concebir vergüenza
no solo ha de moverlo el ser mirado;
que de sí se avergüenza cuando yerra,
si bien otro no ve que cielo y tierra.

»Así que no excusarás con el secreto tu dolor, antes tendrás que llorar de continuo, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazón, como las lloraba aquel simple doctor que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reinaldos; que aunque aquello sea ficción poética, tiene en sí

encerrados secretos morales dignos de ser advertidos y entendidos e imitados. Aparte que con lo que ahora pienso decirte acabarás de comprender el gran error que quieres cometer.

»Dime, Anselmo, si el cielo o la buena suerte te hubiera hecho señor y legítimo dueño de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos joyeros lo vieses, y que todos a una voz y de común parecer dijese que llegaba en quilates, bondad y fineza a cuanto se podía extender la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyese así, sin saber otra cosa en contrario, ¿sería justo que se te antojara tomar aquel diamante y ponerlo entre un yunque y un martillo, y allí, a pura fuerza de golpes y brazos, probar si es tan duro y tan fino como dicen? Además, si lo pusieses en práctica, y en el supuesto de que la piedra resistiese tan necia prueba, no por eso se le añadiría más valor ni más fama; y si se rompiese, cosa que podría ser, ¿no se perdería todo? Desde luego que sí, dejando a su dueño en estimación de que todos lo tengan por simple. Pues haz cuenta, amigo Anselmo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimación como en la ajena, y que no es razón ponerla en situación de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza no puede subir a más valor del que tiene ahora; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora cómo quedarías sin ella y con cuánta razón te podrías quejar de ti mismo, por haber sido causa de su perdición y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que valga tanto como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinión buena que se tiene de ellas; y pues la de tu esposa es tal que llega al extremo de bondad que sabes, ¿para qué quieres poner en duda esta verdad? Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner obstáculos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejarle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera a alcanzar la perfección que le falta, que consiste en ser virtuosa.

»Cuentan los naturalistas que el armiño es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarlo los cazadores, usan de este artificio: que, sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y después, en un ojeo, lo encaminan hacia aquel lugar, y en cuanto el armiño llega al lodo se está quedo y se deja prender y cautivar, con tal de no pasar por el cieno y perder y ensuciar su blancura, que la estima en más que la libertad y la vida. La mujer honesta y casta es armiño, y es más que nieve limpia y blanca la virtud de la honestidad; y el que no quiera que la pierda, antes la guarde y conserve, y use de otro estilo diferente del que se emplea con el armiño, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural que pueda atropellar por sí misma y pasar por aquellos obstáculos, y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama.

»Es también la mujer buena como espejo de cristal luciente y claro, pero está sujeto a empañarse y oscurecerse con cualquier aliento que le toque. Se ha de usar con la mujer honesta el mismo estilo que con las reliquias: adorarlas y no tocarlas. Se ha de guardar y estimar a la mujer buena como se guarda y estima un hermoso jardín que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie lo pasee ni manosee: basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura. Finalmente, quiero decirte unos versos que se me han venido a la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parece que vienen al caso de lo que vamos tratando. Aconsejaba un viejo prudente a otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase, y entre otras razones le dijo estas:

Es de vidrio la mujer,
pero no se ha de probar
si se puede o no quebrar,
porque todo podría ser.
Y es más fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
en peligro de romperse
lo que no puede soldarse.
Y en esta opinión estén
todos, y en razón la fundo:
que si hay Dánaes en el mundo,
hay lluvias de oro también.

»Cuanto te he dicho hasta aquí, Anselmo, ha sido por lo que a ti te toca, y ahora estará bien que se oiga algo de lo que a mí me conviene, y si fuese largo, perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado y de donde quieres que yo te saque.

»Tú me tienes por amigo y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite a ti. Que me la quieres quitar a mí está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito, como me pides, es seguro que me ha de tener por hombre sin honra y sin escrúpulos, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello a que me obliga el ser quien soy y tu amistad. De que quieres que te la quite a ti no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito va a pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dio atrevimiento a descubrirle mi mal deseo, y teniéndose por deshonrada te toca a ti, como a cosa suya, su misma deshonra. Y de aquí nace lo que es uso común: que el marido de la mujer adúltera, aunque él no lo sepa, ni haya dado ocasión para que su mujer no sea la que debe, ni haya estado en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo lo llaman y lo nombran con nombre de vituperio y bajo, y en cierta manera los que saben la maldad de su mujer lo miran con ojos de menosprecio, en vez de mirarlo con los de lástima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero te quiero decir la causa porque con justa razón es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasión para que ella lo sea. Y no te canses de oírme, que todo ha de redundar en tu provecho.

»Cuando Dios crió a nuestro primer padre en el Paraíso terrenal, dice la Divina Escritura que infundió Dios sueño en Adán y que, estando durmiendo, le sacó una costilla del lado izquierdo, de la que formó a nuestra madre Eva; y en cuanto Adán despertó y la miró, dijo: "Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos"; y Dios dijo: «Por esta dejará el hombre a su padre y a su madre, y serán dos en una misma carne». Y entonces fue instituido el divino sacramento del matrimonio, con tales lazos, que solo la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos personas diferentes sean una misma carne, y aún hace más en los buenos casados: que, aunque tienen dos almas, no tienen más que una voluntad. Y de aquí viene que, como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen o los

defectos que se procura redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasión para aquel daño. Porque así como el dolor del pie o de cualquier miembro del cuerpo humano lo siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daño del tobillo, sin que ella se lo haya causado, así el marido participa de la deshonor de la mujer, por ser una misma cosa con ella; y como las honras y deshonoras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y sean de este género las de la mujer mala, es forzoso que al marido le quepa parte de ellas y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa.

»Mira, pues, Anselmo, el peligro en que te pones queriendo turbar el sosiego en que vive tu buena esposa; mira por cuán vana e impertinente curiosidad quieres revolver las pasiones que ahora están sosegadas en el pecho de tu casta esposa; advierte que lo que aventuras a ganar es poco, y que lo que perderías sería tanto, que voy a dejarlo aquí, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta para disuadirte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonor y desventura, que yo no pienso serlo aunque pierda por ello tu amistad, que es la mayor pérdida que puedo imaginar».

Después de decir esto calló el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que durante un buen rato no le pudo responder palabra; pero al fin, le dijo:

—He escuchado con la atención que has visto, amigo Lotario, cuanto has querido decirme, y en tus palabras, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discreción que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas, y también veo y confieso que si no sigo tu parecer y me voy tras el mío, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Presupuesto esto, debes considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres a las que, como es moda, se les antoja comer tierra, yeso, carbón y otras cosas peores, aun asquerosas de ver, no digamos ya para comerse. Así que es menester usar de algún artificio para que yo sane, y esto se podría hacer con facilidad solo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, a solicitar a Camila, quien no va a ser tan tierna que a los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra; y solo con este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes a nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra. Y estás obligado a hacer esto por una razón sola, y es que estando yo, como estoy, decidido a poner en práctica esta prueba, tú no has de consentir que yo dé cuenta de mi desatino a otra persona, con que pondría en peligro el honor que tú procuras que no pierda; y si el tuyo, mientras la solicitas, no sigue en el punto que debe en la opinión de Camila, importa poco o nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con lo que volverá tu crédito a como estaba. Y pues tan poco aventuras y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer, aunque se te pongan delante más inconvenientes, pues, como ya he dicho, solo con que comiences, daré por concluida la causa.

Viendo Lotario la resuelta voluntad de Anselmo y no sabiendo qué más ejemplos traerle ni qué más razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba con darle a otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal decidió contentarlo y hacer lo que le pedía, con propósito e intención de guiar aquel negocio de modo que sin alterar los pensamientos de Camila, Anselmo quedase satisfecho. Y así, le respondió que no

comunicase su pensamiento a ningún otro, que él tomaba a su cargo aquella empresa, que comenzaría cuando a él le diese más gusto. Lo abrazó Anselmo tierna y amorosamente, y le agradeció su ofrecimiento como si le hubiera hecho alguna gran merced, y quedaron de acuerdo entre los dos que se comenzase todo a partir del día siguiente, que él le daría lugar y tiempo para que pudiese hablar a solas a Camila, y le daría también dineros y joyas que darle y que ofrecerle. Le aconsejó que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que, si él no quería tomarse el trabajo de hacerlos, él mismo los haría. A todo se ofreció Lotario, con bien diferente intención a la que pensaba Anselmo.

Y con este acuerdo se volvieron a casa de Anselmo, donde hallaron a Camila con ansia y preocupación esperando a su esposo, porque aquel día tardaba en venir más de lo acostumbrado.

Se fue Lotario a su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio. Pero aquella noche pensó el modo que tendría para engañar a Anselmo sin ofender a Camila, y al día siguiente vino a comer con su amigo, y fue bien recibido por Camila, quien lo recibía y agasajaba con la mejor voluntad, por entender la buena que le tenía su esposo.

Acabaron de comer, levantaron los manteles y Anselmo dijo a Lotario que se quedase allí con Camila mientras él iba a un negocio forzoso, que volvería hora y media después. Le rogó Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció a hacerle compañía, pero no sirvió de nada con Anselmo, antes insistió a Lotario para que se quedase y le aguardase, porque tenía que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dijo también a Camila que mientras él volvía no dejase solo a Lotario. En efecto, supo tan bien él fingir la necesidad o necesidad de su ausencia, que nadie hubiera podido entender que era fingida. Se fue Anselmo, y quedaron solos a la mesa Camila y Lotario, porque los demás criados de casa se habían ido todos a comer. Se vio Lotario puesto en el aprieto que deseaba su amigo, y con el enemigo delante, que hubiera podido vencer con su hermosura sola a un escuadrón de caballeros armados: mirad si Lotario tenía razón para temerlo.

Pero lo que hizo fue poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla, y pidiendo perdón a Camila por la descortesía, dijo que quería reposar un poco mientras volvía Anselmo. Camila le respondió que mejor reposaría en el estrado que en la silla, y así, le rogó se pusiese a dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, quien, al hallar a Camila en su aposento y a Lotario durmiendo, creyó que, como había tardado tanto, ya habrían tenido los dos tiempo de hablar, y aun de dormir, y no vio la hora en que Lotario despertase, para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura.

Todo le sucedió como él quiso: Lotario despertó, y al punto salieron los dos de casa, y así, le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario que no le había parecido bien que la primera vez se descubriese del todo, y así, no había hecho otra cosa que alabar a Camila de hermosa, diciéndole que no se hablaba de otra cosa en toda la ciudad que de su hermosura y discreción, y que este le había parecido un buen principio para irse ganando su voluntad y disponiéndola para que la siguiente vez le escuchase con gusto, usando en esto el artificio que el demonio usa cuando quiere engañar a alguien que se pone en una atalaya para cuidar de sí: que se transforma en ángel de luz, siéndolo él de tinieblas, y, poniéndole delante apariencias buenas, al final descubre quién es y sale con su intención, si al principio no se descubrió su engaño. Todo esto le contentó mucho a Anselmo, y dijo que cada día

daría las mismas facilidades, aunque no saliese de casa, para ocuparse en ella en cosas de modo que Camila no pudiese llegar a conocer su artificio.

Sucedió, pues, que se pasaron muchos días en que, sin decirle Lotario ni una palabra a Camila, le contaba a Anselmo que le hablaba y jamás podía sacar de ella ni una pequeña muestra de condescender en nada que fuese malo, ni aun dar una señal de sombra de esperanza, antes decía que lo amenazaba con que si no se quitaba de aquel mal pensamiento, se lo iba a decir a su esposo.

—Bien está —dijo Anselmo—. Hasta aquí ha resistido Camila a las palabras; es menester ver cómo resiste a las obras. Yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcáis, y aun se los deis, y otros tantos para que compréis joyas con que ponerle cebo; que las mujeres suelen ser aficionadas, y más si son hermosas, por más castas que sean, a esto de ir bien vestidas y andar galanas, y si ella resiste a esta tentación, yo quedaré satisfecho y no os daré más pesadumbre.

Lotario respondió que ya que había comenzado, él llevaría hasta el fin aquella empresa, aunque iba a salir de ella cansado y vencido. Al día siguiente recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabía qué decirse para mentir de nuevo; pero, en efecto, decidió decirle que Camila estaba tan entera a las dádivas y promesas como a las palabras, y que no había para qué cansarse más, porque todo el tiempo se gastaba en balde.

Pero la suerte, que guiaba las cosas de otra manera, ordenó que, habiendo dejado Anselmo solos a Lotario y a Camila, como solía otras veces, él se encerró en un aposento y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vio que en más de media hora Lotario no habló palabra a Camila, ni se la hubiera hablado aunque hubiera estado allí un siglo, y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le había dicho de las respuestas de Camila era todo ficción y mentira. Y para ver si esto era así, salió del aposento, y llamando a Lotario aparte, le preguntó qué nuevas había y de qué temple estaba Camila. Lotario le respondió que no pensaba darle más puntada a aquel negocio, porque respondía tan áspera y desabridamente, que no tendría ánimo para volver a decirle ninguna cosa.

—¡Ay, Lotario, Lotario —dijo Anselmo—, y qué mal correspondeste a lo que me debes y a lo mucho que de ti confío! Te he estado mirando ahora por el lugar que permite la entrada de esta llave, y he visto que no has dicho palabra a Camila, por donde me doy a entender que hasta las primeras te quedan por decirle; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas, o por qué quieres quitarme con tus mañas los medios que yo podría hallar para conseguir mi deseo?

No dijo más Anselmo, pero bastó lo que había dicho para dejar avergonzado y confuso a Lotario, quien, casi como tomando como un deshonor el haber sido sorprendido en una mentira, juró a Anselmo que desde aquel momento tomaba tan a pecho el contentarlo y no mentirle, que lo vería si lo espiaba con curiosidad, aunque no sería menester en absoluto usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacerlo le quitaría de toda sospecha. Le creyó Anselmo, y para darle comodidad más segura y menos sobresaltada, decidió ausentarse de su casa ocho días, yéndose a la de un amigo suyo, que estaba en una aldea, no lejos de la ciudad, amigo con el que concertó que le enviase a llamar con mucho empeño, para justificar su partida ante Camila.

¡Desdichado y mal advertido de ti, Anselmo! ¿Qué es lo que haces? ¿Qué es lo que trazas? ¿Qué es lo que ordenas? Mira que lo haces contra ti mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdición. Buena es tu esposa Camila; quieta y sosegadamente la posees; nadie sobresalta tu gusto; sus pensamientos no salen de las paredes de su casa; tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningún trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote en peligro de que se venga toda abajo, pues al fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que al que busca lo imposible, es justo que se le niegue lo posible, como lo dijo mejor un poeta, diciendo:

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prisión libertad,
en lo cerrado salida
y en el traidor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
jamás espero algún bien,
con el cielo ha establecido
que, pues lo imposible pido,
lo aun posible no me den.

Se fue al día siguiente Anselmo a la aldea, dejando dicho a Camila que el tiempo que él estuviese ausente vendría Lotario a mirar por su casa y a comer con ella, que tuviese cuidado de tratarlo como a su misma persona. Se afligió Camila, como mujer discreta y honrada, de la orden que le dejaba su marido, y le dijo que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa, y que si lo hacía por no tener confianza en que ella sabría gobernar su casa, que probase por aquella vez, y la experiencia le haría ver que se bastaba para mayores cuidados. Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenía más que hacer que bajar la cabeza y obedecerle. Camila dijo que así lo haría, aunque contra su voluntad.

Se partió Anselmo, y al día siguiente vino a su casa Lotario, donde fue recibido con amorosa y honesta acogida por Camila, quien jamás se puso en parte donde Lotario la viese a solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, a quien ella quería mucho, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo la trajo consigo. En los tres días primeros, nunca Lotario le dijo nada, aunque hubiera podido cuando se levantaban los manteles y los criados se iban a comer con mucha prisa, porque así se lo tenía mandado Camila, si bien Leonela tenía orden de comer antes que Camila y no quitarse jamás de su lado; pero ella, que tenía puesto el pensamiento en otras cosas de su gusto y necesitaba aquellas horas y aquel lugar para ocuparlo en sus contentos, no cumplía todas las veces el mandamiento de su señora: antes los dejaba solos, como si le hubieran

mandado aquello. Pero la honesta presencia de Camila, la seriedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponía freno a la lengua de Lotario.

Pero el provecho que hicieron las muchas virtudes de Camila, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó más en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurría y tenía ocasión de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenía, suficientes para enamorar a una estatua de mármol, no digamos ya a un corazón de carne.

La miraba Lotario en el lugar y espacio que había de hablarle, y consideraba cuán digna era de ser amada, y esta consideración comenzó poco a poco a dar asaltos a los respetos que tenía a Anselmo, y quiso ausentarse de la ciudad mil veces e irse donde Anselmo jamás le viese a él ni él viese a Camila; pero el gusto que hallaba en mirarla se lo impedía ya y le detenía. Se violentaba y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba a mirar a Camila; se culpaba a solas de su desatino; se llamaba mal amigo, y aun mal cristiano; hacía discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos acababan concluyendo que había sido más por la locura y confianza de Anselmo que por su poca fidelidad, y que si lo que pensaba hacer llegara a tener la misma disculpa ante Dios que ante los hombres, no temería la pena por su culpa.

En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasión que el ignorante marido le había puesto en las manos, dieron en tierra con la lealtad de Lotario; y sin mirar a otra cosa que aquella a que le inclinaba su gusto, al cabo de tres días de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla resistiendo a sus deseos, comenzó a requebrar a Camila, con tanta turbación y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y entrarse en su aposento sin responderle palabra ninguna. Pero no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor: antes tuvo en más a Camila. Y esta, habiendo visto en Lotario lo que jamás hubiera pensado, no sabía qué hacerse, y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasión ni lugar a que le hablase otra vez, decidió enviar aquella misma noche, como lo hizo, a un criado suyo con un mensaje a Anselmo, donde le escribió lo que sigue:

CAPÍTULO XXXIV

DONDE SE PROSIGUE LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE

«Así como suele decirse que parece mal el ejército sin su general y el castillo sin su castellano, digo yo que parece mucho peor la mujer casada y moza sin su marido, cuando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si no venís pronto, me tendré que ir una temporada a casa de mis padres, aunque deje sin guardián la vuestra, porque el que me dejasteis, si es que quedó con tal título, creo que mira más por su gusto que por lo que a vos os toca; y pues sois despierto, no tengo más que deciros, ni aun está bien que os diga más».

Recibió esta carta Anselmo, y entendió por ella que Lotario había ya comenzado la empresa y que Camila debía de haber respondido como él deseaba. Y, alegre sobremanera de tales nuevas, respondió a Camila, por un mensajero, que no se mudase de su casa de ningún modo, porque él volvería con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en más confusión que antes, porque ni se atrevía a estar en su casa, ni menos a irse a la de sus padres, porque en la queda da corría peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo.

Al final se resolvió en lo que le estuvo peor, que fue quedarse, con determinación de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir a sus criados, y le pesaba incluso haber escrito lo que escribió a su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario había visto en ella alguna desenvoltura que le hubiese movido a no guardarle el decoro que debía. Pero, fiada en su bondad, se fío en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando a todo aquello que Lotario quisiese decirle, sin dar más cuentas a su marido, por no ponerlo en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando la manera de disculpar a Lotario con Anselmo, cuando le preguntase el motivo que la había movido a escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, más honrados que acertados o provechosos, estuvo al día siguiente escuchando a Lotario, quien cargó la mano de tal manera, que comenzó a titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo hartito que hacer en acudir a los ojos, para que no diesen muestra de alguna amorosa compasión que las lágrimas y las razones de Lotario habían despertado en su pecho. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendía.

Finalmente, a él le pareció que era menester, en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco a aquella fortaleza. Y así, acometió a su presunción con las

alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que más pronto rinda y allane las fortificadas torres de la vanidad de las hermosas que la misma vanidad, puesta en las lenguas de la adulación. En efecto, él, con toda diligencia, minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila hubiera sido toda de bronce, se hubiese venido al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tanto empeño, que dio al traste con el recato de Camila y vino a triunfar en lo que menos se pensaba y más deseaba.

Se rindió Camila, Camila se rindió... Pero ¿y qué, si la amistad de Lotario no quedó en pie? Ejemplo claro que nos muestra que la pasión amorosa solo se vence con huirla y que nadie ha de trabar batalla con tan poderoso enemigo, porque son menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo Leonela supo la flaqueza de su señora, porque los dos malos amigos y nuevos amantes no se la pudieron encubrir. No quiso Lotario decir a Camila la pretensión de Anselmo, ni que él se había prestado con él para llegar a aquel punto, para que no tuviese en menos su amor y pensase que la había solicitado así, por casualidad y sin pensar, y no a propósito.

De allí a pocos días volvió Anselmo a su casa y no reparó en lo que faltaba en ella, que era lo que en menos tenía y más estimaba. Se fue después a ver a Lotario y lo halló en su casa; se abrazaron los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida o de su muerte.

—Las nuevas que te podré dar, amigo Anselmo —dijo Lotario—, son de que tienes una mujer que puede ser dignamente ejemplo y corona de todas las mujeres buenas. Las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire; los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido; de algunas lágrimas fingidas mías se ha hecho burla notable. En conclusión, así como Camila es suma de toda belleza, es archivo donde habita la honestidad y vive el comedimiento y el recato y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada a una honrada mujer. Vuelve a tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo, sin haber tenido necesidad de tocar en ellos, que la entereza de Camila no se rinde a cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer más pruebas de las hechas; y ya que has pasado con pie firme el mar de las dificultades y sospechas que suelen y pueden tenerse de las mujeres, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer con otro piloto la experiencia de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dio en suerte para que en él pasases la mar de este mundo, sino haz cuenta que estás ya en puerto seguro y aférrate con las anclas de la buena consideración, y déjate estar hasta que te vengan a pedir esa deuda que no hay hidalguía humana que se libre de pagarla.

Contentísimo quedó Anselmo de las palabras de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algún oráculo. Pero, con todo, le rogó que no dejase la empresa, aunque no fuese más que por curiosidad y entretenimiento, ni se sirviese de allí en adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entonces; y que solo quería que le escribiese algunos versos en su alabanza, bajo el nombre de Clori, porque él le daría a entender a Camila que Lotario andaba enamorado de una dama a quien le había puesto aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que se le debía a su honestidad; y que si Lotario no quería tomarse el trabajo de escribir los versos, él los haría.

—No será menester eso —dijo Lotario—, pues no me son tan enemigas las musas como para que no me visiten algunos ratos del año. Dile tú a Camila lo que has dicho del

fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré: si no tan buenos como el asunto merece, serán por lo menos los mejores que pueda.

Quedaron en este acuerdo el impertinente y el amigo traidor. Y vuelto Anselmo a su casa, preguntó a Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fue que le dijese el motivo por el que le había escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le había parecido que Lotario la miraba un poco más desenvueltamente que cuando él estaba en casa, pero que ya estaba desengañada y creía que había sido imaginación suya, porque ya Lotario rehuía verla y estar con ella a solas. Le dijo Anselmo que podía dejar de preocuparse por aquella sospecha, porque él sabía que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, a quien él celebraba bajo el nombre de Clori, y que, aunque no lo hubiera estado, no había que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de ambos. Y de no estar avisada Camila por Lotario de que aquellos amores de Clori eran fingidos, y que él se lo había dicho a Anselmo para poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella hubiera caído sin duda en la desesperada red de los celos; pero por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre.

Al día siguiente, estando los tres de sobremesa, rogó Anselmo a Lotario dijese alguna cosa de las que había compuesto a su amada Clori, que, pues Camila no la conocía, tranquilamente podía decir lo que quisiese.

—Aunque la conociera —respondió Lotario—, no encubriría yo nada, porque cuando algún amante loa a su dama de hermosa y la tacha de cruel, ningún oprobio hace a su buen crédito; pero, sea lo que fuere, lo que sé decir es que ayer hice un soneto a la ingratitud de esta Clori, que dice así:

En el silencio de la noche, cuando
ocupa el dulce sueño a los mortales,
la pobre cuenta de mis ricos males
estoy al cielo y a mi Clori dando.

Y a la hora en que el sol se va mostrando
por las rosadas puertas orientales,
con suspiros y acentos desiguales,
voy la antigua querella renovando.

Y cuando el sol, desde su claro asiento,
derechos rayos a la tierra envía,
el llanto crece y doblo los gemidos.

Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
y siempre hallo, en mi mortal porfía,
al cielo sordo, a Clori sin oídos.

Bien le pareció el soneto a Camila, pero mejor a Anselmo, pues lo alabó y dijo que era demasiadamente cruel la dama que no correspondía a tan claras verdades. A lo que dijo Camila:

—Entonces ¿todo aquello que los poetas enamorados dicen es verdad?

—En cuanto poetas, no la dicen —respondió Lotario—; pero en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos.

—No hay duda de eso —replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan ignorante del artificio de Anselmo como ya enamorada de Lotario.

Y así, con el gusto que tenía de sus cosas, y más teniendo por entendido que sus deseos y escritos se encaminaban a ella y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si sabía otro soneto, u otros versos, los dijese.

—Sé otro —respondió Lotario—, pero no creo que sea tan bueno como el primero, o, por mejor decir, menos malo. Y lo podréis juzgar de sobra, pues es este:

Yo sé que muero, y si no soy creído,
es más cierto el morir, como es más cierto
verme a tus pies, ¡oh bella ingrata!, muerto,
antes que de adorarte arrepentido.

Podré verme habitando en el olvido,
de favor, vida y gloria abandonado,
y allí verse podrá en mi pecho abierto
cómo tu hermoso rostro está esculpido.

Que esta reliquia guardo para el duro
trance que me amenaza mi porfía,
que en tu mismo rigor se fortalece.

¡Ay de aquel que navega, el cielo oscuro,
por mar no navegado e incierta vía,
adonde norte o puerto no se ofrece!

También alabó este segundo soneto Anselmo como había hecho con el primero, y de esta manera iba añadiendo eslabón a eslabón a la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues cuando Lotario más lo deshonraba, entonces le decía que estaba más honrado; y con esto todos los escalones que Camila bajaba hacia el centro de su menosprecio, los subía, en la opinión de su marido, hacia la cumbre de la virtud y de su buena fama.

Sucedió en esto que hallándose una vez, entre otras, sola Camila con su doncella, le dijo:

—Estoy avergonzada, amiga Leonela, de ver en qué poco he sabido estimarme, pues ni siquiera hice que le costara más tiempo a Lotario comprar la entera posesión de mi voluntad, que le di tan pronto. Temo que ha de despreciar mi precipitación o ligereza, sin darse cuenta que fue él quien me forzó a no poder resistirlo.

—No te dé pena eso, señora mía —respondió Leonela—, que no influye ni en la monta ni en la mengua de la estima el darlo inmediatamente, si en efecto lo que se da es bueno y digno de estimarse por sí mismo. Y aun suele decirse que el que da primero, da dos veces.

—También se suele decir —dijo Camila— que lo que cuesta poco se estima en menos.

—Eso no va por ti —respondió Leonela—, porque el amor, según he oído decir, unas veces vuela y otras anda: con este corre y con aquel va despacio; a unos entibia y a otros abrasa; a unos hiere y a otros mata; en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba y concluye; por la mañana suele poner el cerco a una fortaleza y a la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que se le resista. Y siendo así, ¿de qué te espantas, o de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido a Lotario, habiendo tomado el amor como instrumento para rendirnos la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenía decidido, sin dar tiempo al tiempo para que Anselmo lo tuviese para volver, quedando con su presencia imperfecta la obra; porque el amor no tiene otro mejor ministro que la ocasión para ejecutar lo que desea: de la ocasión se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto lo sé yo muy bien, más por experiencia que de oídas, y algún día te lo diré, señora, que yo también soy de carne, y de sangre moza. Además, señora Camila, no te entregaste ni diste tan deprisa, si antes no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuán digno de ser amado era Lotario. Y siendo esto así, no deben asaltarte la imaginación esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú lo estimas a él, y vive con contento y satisfacción de que, ya que caíste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima, y que no solo tiene las cuatro eses que dicen que han de tener los buenos enamorados, sabio, solo, solícito y secreto, sino todo un abecé entero. Si no, escúchame y verás cómo te lo digo de carrerilla: él es, según yo veo y a mí me parece, agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, honesto, principal, quantioso, rico y las *eses* que dicen, y luego, tácito, verdadero; la *x* no le cuadra, porque es letra áspera; la *y* ya está dicha en la *i*; y la *z*, zelador de tu honra.

Se rio Camila del abecé de su doncella, y la tuvo por más experta en las cosas de amor de lo que ella decía, y así lo confesó ella, descubriendo a Camila que trataba amores con un mancebo bien nacido, de la misma ciudad; de lo cual se turbó Camila, temiendo que aquel camino era por donde su honra podía correr riesgo. La apuró para que le dijese si pasaban sus pláticas a mayores. Ella, con poca vergüenza y mucha desenvoltura, le respondió que sí pasaban. Porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza a las criadas, quienes, cuando ven a las amas dar un traspíés, no les importa a ellas cojear ni que lo sepan.

No pudo hacer otra cosa Camila sino rogar a Leonela que no dijese nada de lo suyo al que decía ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, para que no llegasen a conocimiento de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haría, pero lo cumplió de manera que hizo cierto el temor de Camila de que por ella había de perder su crédito. Porque la deshonesto y atrevida Leonela, desde que vio que el proceder de su ama no era el que solía, se atrevió a hacer entrar en casa a su amante, confiada en que, aunque su señora lo viese, no había de osar descubrirlo. Que este daño acarrear, entre otros, los pecados de las señoras: que se hacen esclavas de sus mismas criadas y se obligan a encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila; que aunque vio una y muchas veces que su Leonela estaba con su galán en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, sino le facilitaba que lo escondiese y le quitaba todos los estorbos, para que no lo viese su marido.

Pero no pudo quitarlos tanto como para que Lotario no lo viese una vez salir al romper del alba, y sin conocer quién era, lo primero que pensó es que debía de ser algún fantasma, pero cuando lo vio caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento y tuvo otro, que hubiera sido la perdición de todos si Camila no lo hubiese remediado. Pensó Lotario que aquel hombre que había visto salir tan a deshora de casa de Anselmo no había entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó de que Leonela existiese: solo creyó que Camila, de la misma manera que había sido fácil y ligera con él, lo era para con otro; que estas añadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo a quien se entregó rogada y persuadida, y este cree que se entrega a otros con mayor facilidad, y da infalible crédito a cualquier sospecha que le venga de esto. Y no parece sino que le faltó a Lotario en este punto todo su buen entendimiento y se le fueron de la memoria todos sus prudentes discursos, pues, sin hacer ninguno que fuese bueno, ni aun razonable, sin más ni más, antes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego por la celosa rabia que le roía las entrañas, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le había ofendido, se fue a Anselmo y le dijo:

—Has de saber, Anselmo, que hace muchos días que he andado peleando conmigo mismo, esforzándome para no decirte lo que ya no es posible ni justo que te encubra más. Has de saber que la fortaleza de Camila está ya rendida, y sujeta a todo aquello que yo quisiere hacer de ella; y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si se trataba de algún liviano antojo suyo, o si lo hacía por probarme y ver si los amores que he comenzado con ella y con tu licencia llevaban un propósito firme. Creí también que ella, si hubiera sido la que debía y la que pensábamos los dos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se retrasa, sé que son verdaderas las promesas que me ha dado de que, cuando te ausentes otra vez de tu casa, me hablará en la recámara donde está tu vestidor —y era verdad que allí le solía hablar Camila—. Y no quiero que corras precipitadamente a hacer alguna venganza, pues el pecado no se ha cometido aún sino con el pensamiento, y podría ser que desde este hasta el tiempo de ponerlo en práctica se mudase el de Camila y en su lugar naciese el arrepentimiento. Y así, ya que en todo o en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te diré, para que sin engaño y con advertimiento medroso te satisfagas de aquello que veas que te convenga más. Finge que te ausentas por dos o tres días, como sueles otras veces, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que hay allí y otras cosas con que te puedas encubrir te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos, y yo por los míos, lo que quiere Camila; y si fuese la maldad que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discreción podrás ser el verdugo de tu agravio.

Absorto, suspenso y asombrado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque lo cogieron en el momento en que menos las esperaba oír, porque ya tenía a Camila por vencedora de los asaltos fingidos de Lotario y comenzaba a gozar la gloria del vencimiento. Estuvo en silencio un buen rato, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo:

—Tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad; voy a seguir tu consejo en todo: haz lo que quieras y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado.

Se lo prometió Lotario, y apartándose de él se arrepintió totalmente de cuanto le había dicho, viendo qué neciamente había andado, pues él hubiera podido vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonorado. Maldecía su entendimiento, afeaba su ligera

determinación y no sabía qué medio tomarse para deshacer lo hecho o para darle alguna razonable salida. Al final, decidió dar cuenta de todo a Camila; y como no faltaba ocasión para poderlo hacer, aquel mismo día la halló sola, y ella, en cuanto vio que le podía hablar, le dijo:

—Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazón, que me lo aprieta de suerte que parece que quiere reventar en el pecho, y sería una maravilla que no lo hiciese; pues la desvergüenza de Leonela ha llegado a tanto, que cada noche encierra a un galán suyo en esta casa y se está con él hasta el día, tan a costa de mi crédito como cualquiera podría juzgarlo viéndolo salir a horas tan inusitadas de mi casa. Y lo que me fatiga es que no la puedo castigar ni reñir, que el estar ella en el secreto de nuestros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algún mal suceso.

En un primer momento, al decir Camila esto, Lotario creyó que era un artificio suyo para desmentirle que el hombre que había visto salir era de Leonela, y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino a creer la verdad, y creyéndola acabó de estar confuso y arrepentido del todo. Pero, con todo, respondió a Camila que no tuviese pena, que él hallaría remedio para atajar la insolencia de Leonela. Le dijo asimismo lo que, instigado por la furiosa rabia de los celos, había dicho a Anselmo, y cómo había decidido esconderse en la recámara, para ver desde allí a las claras la poca lealtad que ella le guardaba. Le pidió perdón por esta locura, y consejo para poder remediarla y salir bien de tan revuelto laberinto como le había puesto su mal discurso.

Quedó espantada Camila de oír lo que Lotario le decía, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento y la simple y mala determinación que había tenido; pero como la mujer tiene por naturaleza ingenio presto para el bien y para el mal, más que el varón, aunque le vaya faltando cuando se pone a hacer discursos a propósito, en ese mismo instante halló Camila el modo de remediar un negocio tan al parecer irremediable, y dijo a Lotario que procurase que al día siguiente Anselmo se escondiese donde decía, porque de su escondimiento ella pensaba sacar ventaja para gozarse cómodamente los dos de allí en adelante sin sobresalto alguno; y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que anduviese atento, y que cuando Anselmo estuviese escondido y le llamase Leonela, él acudiese y le respondiese a cuanto ella le dijese como respondería aun sin saber que Anselmo lo escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intención, para llevar a cabo con más seguridad y cuidado todo lo que viese que era necesario.

—Digo —dijo Camila— que no hay que llevar a cabo más que responderme lo que yo os pregunte —y no quiso Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa de que no quisiese seguir el parecer que a ella le parecía tan bueno, y siguiese o buscase otros que podrían no ser tan buenos.

Con esto, se fue Lotario. Y Anselmo, al día siguiente, con la excusa de ir a aquella aldea de su amigo, se partió y volvió a esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque Camila y Leonela se la dieron a propósito.

Escondido, pues, Anselmo, con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendría el que esperaba ver por sus ojos hechas pedazos las entrañas de su honra, se veía a pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenía en su querida Camila. Seguras y convencidas Camila y Leonela de que Anselmo estaba escondido ya, entraron en la recámara; y apenas hubo puesto los pies en ella Camila, cuando, dando un grande suspiro, dijo:

—Ay, Leonela amiga, ¿no sería mejor que antes que llegase a poner en ejecución lo que no quiero que sepas, para que procures no estorbarlo, tomases la daga de Anselmo que te he pedido y traspasases con ella este infame pecho mío? Pero no lo hagas, que no está bien que yo lleve el castigo de la culpa ajena. Antes quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario como para darle atrevimiento a descubrir me un tan mal deseo como es el que me ha descubierto, en desprecio de su amigo y en deshonra mía. Ponte, Leonela, a esa ventana y llámalo, que, sin duda alguna, debe de estar en la calle, esperando poner en práctica su mala intención; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mía.

—Ay, señora mía —respondió la sagaz y advertida Leonela—, ¿y qué es lo que quieres hacer con esa daga? ¿Quieres por ventura quitarte la vida o quitársela a Lotario? Que cualquiera de estas cosas que quieras ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio y no des lugar a que este mal hombre entre ahora en esta casa y nos halle solas. Mira, señora, que somos flacas mujeres, y él es hombre, y resuelto; y como viene con aquel mal propósito, ciego y apasionado, quizá antes que tú pongas en ejecución el tuyo hará él lo que te estaría peor que quitarte la vida. ¡Mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar a este pendenciero desuellacaras en su casa! Y ya, señora, una vez lo mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿qué hemos de hacer con él después de muerto?

—¿Qué? —respondió Camila—. Lo dejaremos, amiga, para que Anselmo lo entierre, pues será justo que tenga por descanso el trabajo que cueste poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámalo, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio parece que ofendo a la lealtad que debo a mi esposo.

Todo esto escuchaba Anselmo, y a cada palabra que Camila decía se le mudaban los pensamientos; pero cuando entendió que estaba resuelta a matar a Lotario, quiso salir y descubrirse, para que no se hiciese tal cosa; sin embargo le detuvo el deseo de ver en qué paraba tanta gallardía y honesta resolución, con el propósito de salir a tiempo de estorbarla.

Le sobrevino en esto a Camila un fuerte desmayo y, arrojándose en una cama que allí estaba, comenzó Leonela a llorar muy amargamente y a decir:

—¡Ay, desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad...!

Y otras cosas semejantes a estas, que nadie que la hubiera escuchado dejaría de tenerla por la doncella más lastimada y leal del mundo, y a su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila y, al volver en sí, dijo:

—¿Por qué no vas, Leonela, a llamar al más desleal amigo de amigo que vio el sol o cubrió la noche? Apúrate, camina, corre, date prisa, no desfallezca con la tardanza el fuego de la cólera que tengo y se quede en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero.

—Ya voy a llamarlo, señora mía —dijo Leonela—, pero me has de dar primero esa daga, para que no hagas nada, mientras falto, que hagas llorar con ella toda la vida a todos los que te quieren bien.

—Ve segura, Leonela amiga, que no haré nada —respondió Camila—, porque aunque, a tu parecer, sea atrevida y simple en velar por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno y sin haber matado

antes a quien tuvo la causa de su desgracia. Yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasión de venir a este lugar a llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mía.

Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese a llamar a Lotario, pero al fin salió, y mientras volvía quedó Camila diciendo, como si hablara consigo misma:

—¡Válgame Dios! ¿No hubiera sido más acertado haber despedido a Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerlo en ocasión, como ya lo he puesto, de que me tenga por deshonesto y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarlo? Mejor hubiera sido, sin duda, pero no quedaría yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan de rositas y tan a paso llano se volviera a salir de donde lo metieron sus malos pensamientos. Pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo, si acaso llega a saberlo, que Camila no solo guardó la lealtad a su esposo, sino que le dio venganza del que se atrevió a ofenderlo. Pero, con todo, creo que hubiera sido mejor dar cuenta de esto a Anselmo; pero ya empecé a dársela en la carta que le escribí a la aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé debió de ser que de puro bueno y confiado no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese haber ningún género de pensamiento que fuese contra su honra; ni aun yo lo creí después durante muchos días, ni lo hubiera creído jamás, si su insolencia no hubiese llegado a tanto, que no me lo manifestaran las manifiestas dádivas y las largas promesas y las continuas lágrimas. Pero ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿Tiene por ventura una resolución gallarda necesidad de consejo alguno? No, por cierto. ¡Afuera, pues, traidores! ¡Aquí, venganzas! ¡Entre el falso, venga, llegue, muera y acabe, y suceda lo que tenga que suceder! Limpia entré en poder del que el cielo me dio por mío, limpia he de salir de él; y, como mucho, saldré bañada en mi casta sangre y en la impura del más falso amigo que vio la amistad en el mundo.

Y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos y haciendo tales ademanes, que no parecía sino que le faltaba el juicio y que no era mujer delicada, sino un rufián desesperado.

Todo lo miraba Anselmo, cubierto detrás de unos tapices donde se había escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecía que lo que había visto y oído era bastante satisfacción para mayores sospechas, y hubiera querido incluso que la prueba de venir Lotario no hiciese falta, temeroso de algún mal repentino suceso. Y estando ya para manifestarse y salir, para abrazar y desengañar a su esposa, se detuvo porque vio que Leonela volvía con Lotario de la mano; y en cuanto Camila lo vio, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante de ella, le dijo:

—Lotario, advierte lo que te digo: si por ventura te atreves a pasar de esta raya que ves, ni aun llegar a ella, en el punto que vea que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que tengo en las manos. Y antes que me respondas palabra a esto, quiero que me escuches algunas otras, que después responderás lo que más te agrade. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces a Anselmo, mi marido, y en qué opinión lo tienes; y lo segundo, quiero saber también si me conoces a mí. Respóndeme a esto y no te turbes ni pienses mucho lo que vas a responder, pues no son cosas difíciles las que te pregunto.

No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder a Anselmo no hubiese caído en la cuenta de lo que ella pensaba hacer; y así,

correspondió con su intención tan discretamente y tan a tiempo, que los dos hubieran hecho pasar aquella mentira por más que cierta verdad; y así, respondió a Camila de esta manera:

—No pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intención con que yo aquí vengo. Si lo haces por posponer la prometida merced, desde más lejos hubieras podido entretenerla, porque tanto más fatiga el bien deseado cuanto más cerca está la esperanza de poseerlo. Pero, para que no digas que no respondo a tus preguntas, digo que conozco a tu esposo Anselmo y nos conocemos los dos desde nuestros más tiernos años; y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco y tengo en la misma opinión que te tiene él; que, de no ser así, por menos prendas que las tuyas no había yo de ir contra lo que debo a ser quien soy y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora rotas y violadas por mí por un tan poderoso enemigo como es el amor.

—Si confiesas eso —respondió Camila—, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas comparecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con qué poco motivo lo agravias? Pero ya caigo en la cuenta, ¡ay, desdichada de mí!, de quién te ha hecho tener tan poca con lo que te debes a ti mismo, que debe de haber sido alguna desenvoltura mía, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de una determinación deliberada, sino de algún descuido de los que las mujeres que piensan que no tienen de quien recatarse suelen hacer inadvertidamente. Si no, dime: ¿cuándo, traidor, respondí a tus ruegos con alguna palabra o señal que pudiese despertar en ti alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿Cuándo tus amorosas palabras no fueron desechadas y reprendidas por las mías con rigor y con aspereza? ¿Cuándo fueron creídas ni admitidas por mí tus muchas promesas y mayores dádivas? Pero, por parecerme que nadie puede perseverar en el intento amoroso mucho tiempo, si no está sustentado por alguna esperanza, quiero atribuirme a mí la culpa de tu impertinencia, pues sin duda algún descuido mío ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y así, quiero castigarme y darme la pena que merece tu culpa. Y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte a ser testigo del sacrificio que pienso hacer a la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí también con el poco recato que he tenido de huir de la ocasión, si alguna te di, para favorecer y aprobar tus malas intenciones. Torno a decir que la sospecha que tengo de que algún descuido mío engendró en ti pensamientos tan desvariados es la que más me fatiga y la que yo más deseo castigar con mis propias manos, porque, castigándome otro verdugo, quizá mi culpa sería más pública; pero antes que haga esto, quiero matar muriendo y llevar conmigo a quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá, dondequiera que sea, la pena que da la justicia desinteresada y que no se doblga al que me ha puesto en términos tan desesperados.

Y diciendo estas palabras, con una increíble fuerza y presteza arremetió a Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer clavársela en el pecho, que él casi dudó si aquellas demostraciones eran falsas o verdaderas, porque le fue forzoso valerse de su maña y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese. Y esta fingía tan vivamente aquel

extraño embuste y falsedad, que por darle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre; porque, viendo que no podía alcanzar a Lotario, o fingiendo que no podía, dijo:

—Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, al menos no será tan poderosa como para quitarme que no lo satisfaga en parte.

Y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga, que Lotario la tenía asida, la sacó y, guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió entre la axila y el hombro izquierdo, y luego se dejó caer en el suelo, como desmayada.

Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo a Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, despavorido y sin aliento, a sacar la daga, y al ver la pequeña herida salió del temor que tenía hasta entonces y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discreción de la hermosa Camila; y por acudir con lo que a él le tocaba, comenzó a hacer una larga y triste lamentación sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo a él, sino al que había sido causa de ponerlo en aquel extremo. Y como sabía que le escuchaba su amigo Anselmo, decía cosas que quien lo oyera le tendría mucha más lástima que a Camila, aunque la juzgara por muerta.

Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando a Lotario fuese a buscar quien curase secretamente a Camila; le pedía asimismo consejo y parecer de lo que le dirían a Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese antes que estuviese sana. Él respondió que dijese lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que fuese de provecho: solo le dijo que procurase detenerle la sangre, porque él se iba adonde no lo viese nadie. Y con muestras de mucho dolor y sentimiento, se salió de casa, y cuando se vio solo y en parte donde nadie le veía, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la maquinación de Camila y de los ademanes tan apropiados de Leonela. Consideraba cuán enterado iba a quedar Anselmo de que tenía por mujer a una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad más disimulada que jamás hubiera podido imaginarse.

Leonela detuvo, como se ha dicho, la sangre a su señora, que no era más de aquello que bastó para acreditar su embuste; y lavando con un poco de vino la herida, se la vendó lo mejor que supo, diciendo tales razones mientras la curaba, que, aunque no hubieran precedido otras, bastarían para hacer creer a Anselmo que tenía en Camila la viva imagen de la honestidad.

Se juntaron a las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le había faltado cuando hubiese sido más necesario tenerlo, para quitarse la vida, que tan aborrecida tenía. Pedía consejo a su doncella de si diría o no todo aquel suceso a su querido esposo, y ella le dijo que no se lo dijese, porque le pondría en obligación de vengarse de Lotario, lo que no podría ser sin mucho riesgo suyo, y que la mujer buena estaba obligada a no dar ocasión a su marido a que riñese, sino a quitarle todas aquellas que le fuese posible.

Respondió Camila que le parecía muy bien su parecer, y que ella le seguiría, pero que en todo caso convenía pensar qué decir a Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podría dejar de ver; a lo que Leonela respondía que ella no sabía mentir ni aun bromeando.

—Pues yo, hermana —replicó Camila—, ¿qué voy a saber, que no me atreveré a forjar ni sustentar una mentira, aunque me fuese en ello la vida? Y si es que no vamos a saber dar salida a esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos coja en un renuncio.

—No tengas pena, señora: de aquí a mañana —respondió Leonela— yo pensaré qué vamos a decirle, y quizá por estar la herida donde está la puedas encubrir sin que él la vea, y el cielo tendrá a bien favorecer nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mía, y procura sosegar tu inquietud, para que mi señor no te halle sobresaltada, y lo demás déjalo a mi cargo y al de Dios, que siempre acude a los buenos deseos.

Atentísimo había estado Anselmo escuchando y viendo representar la tragedia de la muerte de su honra, que representaron con tan extraños y eficaces afectos los personajes de ella, que pareció que se habían transformado en la misma verdad de lo que fingían. Estaba deseando que llegase la noche y el tener ocasión para salir de su casa e ir a verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la perla preciosa que había hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Procuraron las dos darle ocasión y comodidad para que saliese, y él, sin perderla, salió y fue inmediatamente a buscar a Lotario; y hallado este, no se puede contar fácilmente los abrazos que le dio, las cosas que le dijo de su contento, las alabanzas que dio a Camila. Todo lo escuchó Lotario sin poder dar muestras de ninguna alegría, porque se le venía a la memoria qué engañado estaba su amigo y qué injustamente le agraviaba él; y aunque Anselmo veía que Lotario no se alegraba, creía que la causa era por haber dejado a Camila herida y haber sido él la causa; y así, entre otras razones, le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque la herida era sin duda ligera, pues había quedado de acuerdo en ocultársela a él, y que según esto no había de qué temer, sino que de allí en adelante se gozase y alegrase con él, pues por su maquinación y medios él se veía levantado a la más alta felicidad que acertara a desearse, y quería que sus entretenimientos no fuesen otros que hacer versos en alabanza de Camila que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinación y dijo que él, por su parte, ayudaría a levantar tan ilustre edificio.

Con esto quedó Anselmo como el hombre más sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano a su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdición de su fama. Lo recibía Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos días, hasta que al cabo de pocos meses volvió Fortuna su rueda y salió a plaza la maldad allí encubierta con tanto artificio, y a Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPÍTULO XXXV

DONDE SE DA FIN A LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE

Poco más quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchón donde reposaba don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo a voces:

—Acudid pronto, señores, y socorred a mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. ¡Vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, y le ha tajado la cabeza a cercén como si fuera un nabo!

—¿Qué decís, hermano? —dijo el cura, dejando de leer lo que quedaba de la novela—. ¿Estáis en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante a dos mil leguas de aquí?

En esto oyeron un gran ruido en el aposento y que don Quijote decía a voces:

—¡Tente, ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra!

Y parecía que daba grandes cuchilladas por las paredes.

—No tienen que quedarse escuchando —dijo Sancho—, entren a separar la pelea o a ayudar a mi amo; aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta a Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída a un lado, que es del tamaño de un gran cuero de vino.

—Que me maten —dijo el ventero— si don Quijote o don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que estaban llenos a su cabecera, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre a este buen hombre.

Y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron a don Quijote en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa, que no era tan larga por delante que le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no demasiado limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía envuelta la manta de la cama, a la que tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el porqué, y en la derecha, desenvainada la espada, con la que daba cuchilladas a todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y lo bueno es que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante: que fue tan intensa la imaginación de la aventura que iba a concluir, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicón y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento

estaba lleno de vino. Lo vio el ventero, y tomó tanto enojo, que arremetió con don Quijote y a puño cerrado le comenzó a dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se lo hubieran quitado, él hubiese acabado la guerra del gigante; y, pese a todo, no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trajo un gran caldero de agua fría del pozo y se lo echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó don Quijote, pero no con tanto conocimiento que se diese cuenta de la manera en que estaba.

Dorotea, que vio lo corto y transparente que estaba vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su valedor con su contrario.

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dijo:

—Yo ya sé que todo lo de esta casa es encantamiento, que la otra vez, en este mismo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mamporros y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver a nadie; y ahora no aparece por aquí esa cabeza que vi cortar con mis mismísimos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente.

—¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? —dijo el ventero—. ¿No ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están agujereados y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo en los infiernos el alma de quien los agujereó?

—No sé nada —respondió Sancho—: solo sé que vendré a ser tan desdichado, que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal lo tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el estropicio del señor, y juraba que no iba a ser como la vez anterior, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le iban a valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar los parches que se habían de echar a los cueros rotos.

Tenía el cura de las manos a don Quijote, quien, creyendo que ya había acabado la aventura y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura, diciendo:

—Bien puede vuestra grandeza, alta y hermosa señora, vivir desde hoy más segura de que esta malnacida criatura pueda hacerle mal; y yo también quedo libre desde hoy de la palabra que os di, pues, con la ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.

—¿No lo dije yo? —dijo Sancho oyendo esto—. Sí, que no estaba yo borracho: ¡mirad si tiene puesto ya en salmuera mi amo al gigante! ¡Ya no hay duda: lo de mi condado está hecho!

¿Quién no iba a reír con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reían, menos el ventero, que se lo llevaba Satanás. Pero, en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron en la cama con don Quijote, que se quedó dormido, con muestras de grandísimo cansancio. Lo dejaron dormir y se salieron al portal de la venta a consolar a Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros. Y la ventera decía a voz en grito:

—¡En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, y ojalá mis ojos no le hubieran visto nunca, que tan caro me cuesta! La vez pasada se fue con el

gasto de una noche, de cena, cama, paja y cebada, para él y para su escudero y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, ¡que mala ventura le dé Dios a él y a cuantos aventureros hay en el mundo!, y que por esto no estaba obligado a pagar nada, que así estaba escrito en las partidas de la caballería andantesca; y ahora por su causa vino este otro señor y se llevó mi cola, y me la ha devuelto con daños que valen más de dos cuartillos, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y colmo de todo, me rompe mis cueros y me derrama mi vino, que derramada le vea yo su sangre. ¡Pero no se piense, por los huesos de mi padre y la gloria de mi madre, que no me lo han de pagar un cuarto detrás de otro, o no me llamaría yo como me llamo ni sería hija de quien soy!

Estas y otras razones parecidas decía la ventera con gran enojo, y la ayudaba su buena criada Maritornes. La hija callaba y de cuando en cuando se sonreía. El cura lo sosegó todo, prometiendo satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así los cueros como el vino, y principalmente el menoscabo de la cola, de la que hacían tanta cuenta. Dorotea consoló a Sancho Panza diciéndole que siempre y cuando fuese verdad que su amo había descabezado al gigante, le prometía, en cuanto se viese pacífica en su reino, darle el mejor condado que hubiese en él. Se consoló con esto Sancho y aseguró a la princesa que podía estar segura de que él había visto la cabeza del gigante, y que por más señas tenía una barba que le llegaba a la cintura, y que si no aparecía era porque todo cuanto pasaba en aquella casa era por vía de encantamiento, como él lo había probado otra vez que había posado en ella. Dorotea dijo que así lo creía, y que no tuviese pena, que todo se haría bien y sucedería a pedir de boca.

Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vio que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demás le rogaron la acabase. Él, que a todos quiso dar gusto, y por el que él tenía de leerla, prosiguió el cuento, que decía así:

Sucedió, pues, que, por la satisfacción que Anselmo tenía de la bondad de Camila, vivía una vida contenta y descuidada, y Camila le ponía a propósito mala cara a Lotario, para que Anselmo entendiese al revés del que le tenía; y para más confirmación de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir a su casa, pues se mostraba claramente la pesadumbre que recibía Camila con su vista. Pero el engañado Anselmo le dijo que de ninguna manera hiciese eso; y de esta manera, por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto.

En esto, el que tenía Leonela al verse aprobada en sus amores llegó a tanto, que sin mirar a otra cosa se iba tras él a rienda suelta, fiada en que su señora la encubría y aun la advertía del modo que pudiese ponerlo en ejecución con poco recelo. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar a ver quién los daba, sintió que le sujetaban la puerta, cosa que le dio más ganas de abrirla, e hizo tanta fuerza, que la abrió y entró dentro a tiempo de ver que un hombre saltaba por la ventana a la calle; y acudiendo con presteza a alcanzarlo o a reconocerlo, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó a él, diciéndole:

—Sosiégate, señor mío, y no te alborotes ni sigas al que saltó de aquí: es cosa mía, y tanto, que es mi esposo.

No lo quiso creer Anselmo, antes, ciego de enojo, sacó la daga y quiso herir a Leonela, diciéndole que le dijese la verdad; si no, que la mataría. Ella, con el miedo, sin saber lo que se decía, le dijo:

—No me mates, señor, que yo te diré cosas de más importancia de las que puedes imaginar.

—Dilas pronto —dijo Anselmo—; si no, eres muerta.

—Por ahora será imposible —dijo Leonela—, según estoy de turbada; déjame hasta mañana, que entonces sabrás de mí lo que te ha de asombrar; y estate seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo de esta ciudad, que me ha dado su palabra de ser mi esposo.

Se sosegó con esto Anselmo y quiso aguardar el tiempo que se le pedía, porque no pensaba oír nada que fuese contra Camila, por estar tan satisfecho y seguro de su bondad; y así, se salió del aposento y dejó encerrada en él a Leonela, diciéndole que no saldría de allí hasta que le dijese lo que tenía que decirle.

Fue después a ver a Camila y a decirle, como le dijo, todo aquello que le había pasado con su doncella y la palabra que le había dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila o no, no hay para qué decirlo, porque fue tanto el temor que cobró creyendo verdaderamente, y era como para creerlo, que Leonela iba a decir a Anselmo todo lo que sabía de su poca lealtad, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha se confirmaría o no, y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormía, juntó las mejores joyas que tenía y algunos dineros y, sin que nadie la sintiese, salió de casa y se fue a la de Lotario, a quien contó lo que pasaba y le pidió que la pusiese a salvo o que se ausentasen los dos donde pudiesen estar seguros de Anselmo. La confusión en que Camila puso a Lotario fue tal, que no le sabía responder palabra, ni menos sabía decidir lo que haría.

En fin, decidió llevar a Camila a un monasterio, del que era priora una hermana suya. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedía la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y también él se ausentó de la ciudad después, sin dar parte a nadie de su ausencia.

Cuando amaneció, sin advertir Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenía de saber lo que Leonela quería decirle, se levantó y fue adonde la había dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él a Leonela: solo halló puestas unas sábanas anudadas a la ventana, indicio y señal de que por allí se había descolgado e ido. Volvió muy triste entonces a decírselo a Camila, y, no hallándola en la cama ni en toda la casa, quedó sombrío. Preguntó a los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razón de lo que pedía.

Andando a buscar a Camila, acertó por casualidad a ver sus cofres abiertos y que de ellos faltaban la mayoría de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia y en que no era Leonela la causa de su desventura; y tal como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fue a dar cuenta de su desdicha a su amigo Lotario. Pero cuando no lo halló y sus criados le dijeron que aquella noche había faltado de casa y había llevado consigo todos los dineros que tenía, pensó perder el juicio. Y para acabar de rematarlo, cuando se volvió a su casa no halló en ella a ninguno de cuantos criados y criadas tenía, sino la casa desierta y sola.

No sabía qué pensar, qué decir ni qué hacer, y poco a poco se le iba volteando el juicio. Se contemplaba y se miraba en un instante sin mujer, sin amigo y sin criados, desamparado, a su parecer, del cielo que le cubría, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vio su perdición.

Se decidió, en fin, al cabo de un buen rato, a irse a la aldea de su amigo, donde había estado cuando dio lugar a que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió a caballo y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hubo andado la mitad, cuando, acosado de sus pensamientos, le fue forzoso apearse y atar su caballo con la rienda a un árbol, y se dejó caer junto a su tronco, dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta casi que anochecía; y a esa hora vio que venía de la ciudad un hombre a caballo, y después de haberle saludado, le preguntó qué nuevas había en Florencia. El ciudadano respondió:

—Las más extrañas que hace mucho se han oído en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel gran amigo de Anselmo el rico, que vivía cerca de San Juan, se llevó esta noche a Camila, mujer de Anselmo, que tampoco aparece. Todo esto lo ha dicho una criada de Camila, a quien anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En verdad no sé exactamente cómo pasó el negocio: solo sé que toda la ciudad está admirada de este suceso, porque no se podía esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban «los dos amigos».

—¿Se sabe por ventura —dijo Anselmo— el camino que llevan Lotario y Camila?

—Ni por pienso —dijo el ciudadano—, aunque el gobernador ha sido muy diligente en buscarlos.

—Id con Dios, señor —dijo Anselmo.

—Con Él quedéis —respondió el ciudadano, y se fue.

Con tan desdichadas nuevas, casi casi llegó Anselmo a extremos, no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Se levantó como pudo y llegó a casa de su amigo, que aún no sabía su desgracia, pero en cuanto lo vio llegar amarillo, consumido y seco, entendió que venía fatigado de algún grave mal. Pidió entonces Anselmo que lo acostasen y que le diesen con que escribir. Se hizo así, y lo dejaron acostado y solo, porque él así lo quiso, e incluso que le cerrasen la puerta. Viéndose, pues, solo, comenzó a cargar tanto la imaginación de su desventura, que conoció claramente que se le iba acabando la vida. Y así, decidió dejar noticia de la causa de su extraña muerte; y comenzando a escribir, antes que acabase de poner todo lo que quería, le faltó el aliento y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente.

Viendo el señor de la casa que era ya tarde y que Anselmo no llamaba, decidió entrar a saber si su indisposición iba a más, y lo halló tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre la escribanía, sobre la cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenía aún la pluma en la mano. Se llegó el anfitrión a él, tras haberlo llamado antes; y al tomarle la mano, viendo que no le respondía, y hallándolo frío, vio que estaba muerto. Se asustó y se acongojó mucho, y llamó a los criados para que viesen la desgracia sucedida a Anselmo, y finalmente leyó el papel, que vio que estaba escrito de su misma mano, y que decía: «Un necio e impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegasen a los oídos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada a hacer milagros, ni yo tenía necesidad de querer que ella los hiciese; y pues yo fui el fabricante de mi deshonra, no hay por qué...».

Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se supo que se le acabó la vida en aquel punto sin poder acabar su escrito. Al día siguiente su amigo dio aviso de su muerte a los parientes de Anselmo, que ya sabían su desgracia, y al monasterio donde estaba Camila casi en

disposición de acompañar a su esposo en aquel viaje forzoso, no por las nuevas del esposo muerto, sino por las que supo del amigo ausente. Pues se dice que, aunque se vio viuda, no quiso salir del monasterio, pero tampoco profesar de monja, hasta que de allí a no muchos días le vinieron nuevas de que Lotario había muerto en una batalla que en aquel tiempo dio *Monsieur* de Lautrec al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba en el reino de Nápoles, adonde había ido a parar el tarde arrepentido amigo; sabido esto por Camila, profesó y acabó en breves días la vida a manos de las rigurosas tristezas y melancolías. Este fue el fin que tuvieron todos, nacido de un principio tan desatinado.

—Bien me parece esta novela —dijo el cura—, pero no me acabo de creer que esto sea verdad; y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se planteara entre un galán y una dama, podría pasar, pero entre marido y mujer, tiene algo de imposible. Y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.